

Reportajes a toda máquina (IV): Rodolfo "Arotxa" Arotxarena, caricaturista, dibujante y pintor sin pelos en la

"Los propios políticos te dicen: 'Fíjese que todo Montevideo está hablando de lo

Rodolfo Arotxarena es un tipo raro que mezcla una riqueza interior enorme con un pesimismo a la vez visceral, salvaje y constructivo. En su nombre se concentran las claves de su personalidad. Vive encerrado en su casa trabajando, como manda su apellido vasco Arotxarena, que quiere decir "la casa del carpintero".

Tiene fama de "loco" o de persona difícil. Lo que seguro tiene es una exigencia vital sin límite: vivir mucho, a fondo y trabajar mucho y bien. Es medio animal también: marca su territorio y puede ser agresivo para defender sus ideas y sus cosas. Como manda su nombre de origen germano, Rodolfo, que quiere decir "lobo glorioso", ama y defiende a su manada, a su familia, de la que prefiere hablar poco.

Cumplió 46 años en setiembre y desde hace décadas publica caricaturas en el diario "El País" y antes lo hizo en *Búsqueda*. Ama los placeres de la mesa y es capaz de irritarse hasta con los lápices ásperos y poco

cálidos, o de sufrir en carne propia la desfiguración de la ciudad.

—En una entrevista publicada en este semanario en 1993 dijiste que todavía no habías hecho lo que realmente tenías ganas. ¿A esta altura lo hiciste?

—En esa época no me había volcado de lleno a la pintura, si bien había hecho un ensayo y una incursión por allí cuando tenía 16 años. La caricatura para mí nunca fue un fin en sí mismo, vivo de eso, es el oficio y la profesión que tengo. Como no soy un pintor profesional, la pintura me permite pintar en base a situaciones que se me generan en mi mundo interior.

—¿Pintar tiene más que ver con el placer, aunque disfrutes también de la caricatura?

—Sí, la caricatura es una pasión, me volqué a eso de muy joven. Pero no puedo dejar de lado que ahí hay determinado tipo de compromisos y que cuando está apremiando el tiempo, es una espada de Damocles que uno tiene arriba. El tiem-

po es el peor de los compromisos que puede haber. A pesar de que no estoy apareciendo públicamente en espacios fijos todos los días. No me seduce, tener una cuota fija obliga a un disciplinamiento, embroma mucho porque lo siento como una manea y estar maneado no es una cosa que me caracterice.

—Hace ya casi 30 años que trabajás en "El País"...

—Más de la mitad de mi vida.

—¿Cómo hiciste para mantenerte tanto tiempo en el mismo medio?

—El laburo hay que cuidarlo y creo que la profesionalidad y la buena remuneración van de la mano. He desarrollado prácticamente toda mi carrera en el diario y he tenido siempre un diálogo muy profundo acerca de lo que hay que hablar, aunque a veces no estemos de acuerdo. Eso es muy importante, porque lo que me interesa es tener rédito periódico con lo que hago y ofrecerle lo mejor a la empresa donde estoy. Ese tipo de contemplaciones, de ganarse el espacio para desarrollar determinado tipo de trabajo, no se consigue sentado esperando que te lo den: a mí nunca salieron a darme nada. Tuve que buscarme todo lo que tuve que hacer. También a veces uno tiene que decir cosas que son duras. Pero la vida es así. Si te subís al ómnibus y te quedás como un marmota, te van a pasar por arriba. Tenés que marcar el territorio.

—¿Te imaginás dejando algún día la exigencia de las entregas periódicas?

—Ya estoy mucho en eso. Estoy muy metido en mi cueva, en mi casa, en el campo.

—¿Te gusta especialmente el campo?

—Sí, disfruto mucho estando en contacto con el horizonte y con el pasto, con la naturaleza y que de mañana te despierten los pájaros. Todo eso me da una depuración interior que me permite observar más las cosas. Cuando uno se aleja del ruido ve mejor el horizonte, percibe, lo cual no quiere decir que la visión que uno tenga sea perfecta ni mucho menos.

—¿Eso te ayuda a pintar?

—Me meto en la pintura. Ahora concluí otra serie, antes había hecho "Caudillos", en una muestra que me dio enormes satisfacciones.

—¿De qué se trata esta nueva serie?

—Es una cosa absolutamente vinculada a lo anterior pero diferente a la vez, se llama "Silencio".

—¿Y de qué se trata?

—Eso: el silencio.

—¿No hay personas?

—No. Lo cual es curioso, hay amigos que me dicen que lo mío tiene que ser algo vinculado al hombre. Y de hecho lo es. Pero el investigador, hacer pruebas de laboratorio me permite tener un cable a tierra para salir de esa cosa que es la situación concreta del personaje que ganó un premio jugando al fútbol o el político que hace

esto o aquello.

—¿Con qué técnica y materiales trabajás?

—Experimento con diferentes cosas que me provoquen placer, que me queden cómodas. No puedo trabajar con cosas que me provocan fastidio. Los lápices duros me provocan fastidio: los H, HB, no tengo mucho que ver. Me gusta más manejarlos con elementos que tienen mayor sabrosura, que son más cálidos. Inclusive hice una incursión en el modelaje con terracota para ver hasta dónde da esa sensación interior.

—¿De chico tenías el presentimiento de que ibas a terminar siendo lo que sos ahora?

—Era como una obsesión estar en algo intimista como es el dibujo. De niño me gustaba mucho el aerodelismo y andar montando piecitas. Pero ya de joven me entró a fastidiar porque las piezas ya venían hechas para ensamblar. Lo que estaba desarrollando era la posibilidad de afinar esa motricidad: ensamblar bien, pegar bien, mirar el plano, analizar, era todo un trabajo que a uno lo llevaba a determinado tipo de cosas, como meter barcos enanos dentro de botellas enanas cuando tenía 12 años. Tengo algunas por ahí. (Se levanta a buscar un par de botellitas minúsculas hechas con lamparitas de linterna que su madre ha guardado.) ¿Jugar al fútbol? No era lo que más me seducía, jugaba mal porque no podía adaptarme mucho a estar pendiente de otro. Había compañeros de los que se decía "fulano es comilón": se floreaaba haciendo dribblings y tenía la pelota como atada al pie. Me parecía extraordinario que se constanciaran tanto con la pelota, yo me sentía como de palo, era una estaca, parecía la sota de basto. Siempre volvía a esa cosa de estar ensimismado y observar el comportamiento humano.

—Que es un vicio que seguís teniendo...

—Claro: observar cómo somos, cómo reaccionamos ante determinado tipo de cosas.

—De tus caricaturas me impresiona cómo lográs transmitir de manera única y de un solo golpe un concepto o una opinión.

—Cuando uno hace un trabajo que se va a publicar en un medio masivo, tiene que ver con algo que está sucediendo o que sucedió, es una columna gráfica firmada, con una responsabilidad de concepción por parte de quien la firma. Si la columna va firmada, ahí no puede meter la mano nadie y si mete la mano, no hay obra, no hay dibujo, no hay nada, que lo diga otro. Es una columna que muchas veces tiene opinión y otras veces tiene una carga netamente psicológica sobre la visión del modelo. Pero eso no lo inventé yo, es más viejo que la injusticia. Hay concepciones de retratos más o menos satíricos sobre un modelo que terminan siendo retratos psicológicos del per-

sonaje. Le pasó a muchos pintores, por estas latitudes a Barradas: ejerció la caricatura y después investigó en otra cosa que terminó en el vibracionismo y en cosas interesantísimas.

—La serie que apareció hace poco en el diario sobre Aparicio Saravia trasunta mucho respeto por tu parte...

—El respeto lo ubico en otro concepto. No pasa por si el retrato es más naturalista o más surrealista, lo ubico en el plano de no entrar en terrenos de la vida personal o íntima del modelo. ¿Por qué no se puede ser irreverente con un prócer? ¿Por qué no se puede acentuar determinado tipo de cosas que trasuntan a través de la morfología de Artigas, de Rosas o de Churchill? O de Napoleón, que era un tapón de sidra. Se puede hacer: Saravia incluso era un tipo muy petiso y con tendencia a la obesidad. Pero cuando uno entra en el terreno de la sociedad, de la vulgaridad, ya es otra cosa que no me interesa.

—Pero hay gente que encuentra que tus caricaturas son muy ácidas...

—Y hay gente que dice que no.

—Ahí está la libertad que defendés para expresarte...

—Totalmente. Muchas veces los propios políticos te dicen: "Fíjese que todo Montevideo está hablando de lo que usted hizo". Todo Montevideo no: el Montevideo de él no es mi Montevideo. Al trote que se va acá de esa paranoia y esa enfermedad de estar consultando en el ágora sobre si se puede o no eructar... Hago mi trabajo y trato de hacerlo de la manera más honesta posible. Pero tengo que estar libre, y me siento libre.

—¿La libertad que tenés en el medio donde trabajás, de vinculación nacionalista, te permite por ejemplo dibujar al candidato Larrañaga sin rostro?

—(Suspira) Ahí hay dos precisiones. Primero: ¿es un diario blanco o fue fundado por blancos? Punto dos: ¿por qué el hecho de que aparezca sin determinado tipo de morfología tiene que ser interpretado negativa-

mente? Estoy haciendo un trabajo donde me interesa rescatar algo que tampoco inventé yo, que viene de mucho tiempo atrás, que es estudiar lo que pasa con un modelo, lo que queda en la memoria cuando el individuo ya no está adelante tuyo. Ese tipo de investigación también la hizo Rafael Barradas con la negación del yo, con el estudio de la síntesis de muchos modelos, entre ellos uno notable que es García Lorca. Hay un retrato que es sombrero y cejas, y es García Lorca. Entran a jugar cosas que tienen que ver con el misterio, la magia, que no sé cómo se ponen en funcionamiento ni quiero saberlo. Me han llamado por teléfono para que por favor aparezca la cara. Parecen conversaciones surrealistas. Por momentos pienso que vivo en un país estructurado por Cortázar o por Felisberto Hernández.

—¿Qué te dicen en esas llamadas?

—Que es una barbaridad que no tenga cara, hay diputados que han llamado para ver cómo se puede solucionar el tema de que tenga cara. Si yo tuviera la posibilidad de que un caricaturista rescate mi imagen a través de dos trazos, y sepa que soy yo, estaría loco de la vida por múltiples razones, entre otras para no mostrar los rasgos que tengo que no son lindos (se ríe).

—En la vida cotidiana, ¿sos tan agudo y crítico?

—Mirá, las adjetivaciones forman parte de lo que le atribuyen a uno. Yo soy todo, un todo. Trato de ser exigente, me pasa con la comida, con las relaciones humanas, con mis amigos... Y es muy probable que sea insoportable.

■ Globalización de la idiotez

—¿Tuviste una educación muy estricta en el hogar de tus padres?

—No, muy madura. Me crié entre gente adulta. No había demasiado tiempo como pa' estar con la media lengua ni el *pochocho* ni el *qué-cocha-más-linda*. No quiere decir que no haya recibido mucho amor por

"Cantame la justa, vos sos masón"

La casa de Arotxa en La Blanqueada es un reducto lleno de objetos atractivos: colecciones de propagandas antiguas, copas y porrones de cerveza. Un bicho enorme de metal de Octavio Podestá luce enhiestas sus antenas en un patio rebosante de plantas. Sobre la estufa descansa una foto en blanco y negro de Mario Marotta con unos novios abrazados y Arotxa con la cabeza prolijamente engominada.

Un compás grande y antiquísimo del siglo XVII cuelga también sobre la estufa. Es un compás de punta seca para transportar medidas comprado a un anticuario, la excusa perfecta para que Arotxa hable de lo que hablan de él. "Es como un delirio para algunos masones que están convencidos de que soy masón. Un día uno me dijo: 'Arotxa, cantame la justa, vos sos masón, sé que tenés soles, tenés un compás en tu casa, vi una caricatura inmensa que hiciste hace años de Churchill, fuiste al Elbio Fernández...'. Y así la gente imagina cosas. El otro día un rematador me dijo: 'Pero vos sos colorado de toda la vida', y me sorprendió muchísimo. Así va la gente edificando cosas tremendas, como en la época difícil en la que había una dictadura instaurada acá y decían que yo era un tupamaro encubierto en el diario. Ahora estoy en una etapa en la que me acusan de demoler las instituciones. Otros dicen que soy blanco recalitrante. Los fascistas de izquierda dicen que soy de derecha. Es una cosa rarísima".

Baltasar Brum y el Parkinson

● "En este país hubo gente tremendamente importante y deliberadamente olvidada o recordada lo mínimo posible. Baltasar Brum es el ejemplo más concreto de alguien que se pegó un tiro porque era la mejor manera que tenía de protestar contra un golpe de Estado. Ya Washington Beltrán, por asumir la responsabilidad de un artículo que se llamaba "Qué tupé", le metieron un tiro. En ese país dibujaban caricaturistas y hacían cosas terribles. Cuando se pegó un tiro Baltasar Brum, se pegó un tiro el Uruguay y lo que vino después es otra cosa. 'Todo es igual, nada es mejor', dicen: mentira. Hay mejores y nada es igual a otra cosa."

● "Lo que hago lo hago por una vocación inmensa y no puedo abandonarlo. No es como el deporte, que a una altura de la vida los tendones te quedan entumecidos o que estás viejo y no podés boxear, o el cantante que llega un momento que la voz está cascada y se retira. A mí mientras no me agarre el Parkinson, que no sé si no le sacaré partido también, capaz que me ato una crayola con chaura en el dedo y puedo hacer unos grafismos estupendos."

que usted hizo'. Todo Montevideo no: el Montevideo de él no es mi Montevideo"

parte de ellos. Fueron enormes padres, con sus virtudes y sus carencias. Nunca idolatré a mis padres. Me dejaron enseñanzas muy profundas: ser un hombre de trabajo, no ser un parásito, y aportar a la sociedad porque se construye desde abajo, hay que construir día a día, hay que hacer. Mis padres vienen del interior del país, de la tierra, uno de Durazno y el otro de Cerro Largo. Vinieron a Montevideo porque es un embudo, hay un centralismo inhumano que condiciona a la gente y la desarraiga del lugar donde tiene que estar. Sufro mucho, me duele muchísimo Montevideo y la idiotización colectiva que veo. No sólo en Montevideo. Veo una globalización de la idiotez. Me duele mucho porque hay mucha gente que desgraciadamente se tiene que ir.

—¿Tu mamá era ama de casa?

—No, mi madre acompañaba mucho a mi padre trabajando en el taller, haciendo camisas. Mi madre es casi una caciquesa, tiene un perfil indio, es de poca risa, de poco hablar, pero muy analítica. Le digo la caciquesa porque tiene su pelo negro, no tiene una cana. Es muy probable que ese amor que recibí de niño me haya servido para las relaciones con mis congéneres... No me gusta perder el tiempo en cosas demasiado obvias, como discutir con gente. Cuando he tenido un problema es porque meten las manos en lo que estoy haciendo. Si meten las manos donde estoy trabajando, hay riesgo de que les corte la mano. Yo no me meto en el trabajo de los demás, no voy a joder al alambrador cuando está alambrando; deje trabajar tranquilo, deje hacer.

—Pero en este medio una personalidad tan frontal puede generar rechazo o ser malinterpretada...

—Hay una mesocracia imperante desde hace mucho tiempo. En primer lugar, la verticalidad se malentiende para darle paso a la horizontalidad. Hay determinadas pautas que tienen que ver con la estructura en la vida de una sociedad. Hay un padre, una maestra que educa, un presidente, un jefe de sección. Eso debe existir aunque uno discrepe, por una sencilla razón: si no entendés ese ordenamiento, entrás en un terreno que está de moda hoy en día que es 'todo es igual y todos somos iguales'. No se puede justificar la horizontalidad, en el único lado donde puede existir es en Maroñas, donde todos los caballos salen de la gatera, pero después la sangre que tiene cada caballo depende además de cómo lo maneja el jockey.

—¿Cómo percibís el ambiente de la creación y producción cultural en nuestro medio?

—Hay mucha gente que juega a la cultura. Hay mucho payador, mucho Carlos Molina. Además hay una enfermedad que es la cultura oficial. La libertad que uno tiene interiormente, gracias a Dios o a la vida, le permite

no tener compromisos ni andar como perro faldero alrededor de nadie. Las culturas oficiales son de terror. Siempre andan lombriceando, sacando la cabecita y entrando: "No tenemos plata". Qué podés esperar de un país que lo único que sabe es hacer monedas y billetes con Artigas... Porejemplo, el Uruguay regaló el tango, todavía discuten cosas absur-

dónde habla y construye, fue hecha por un dedazo, sin concurso. Quiero saber cuáles son los nombres de los jurados para hacer el Solís, porque me da la sensación de que *ha fatto* la misma cosa. No se puede escribir y borrar con el codo. Ese tipo de delicadezas y sutilezas las vemos mucha gente. Que no tiene nada que ver con que sí había que arreglar el

Sucesivas administraciones en la alcaldía fueron destruyendo lentamente Montevideo, más allá de lo económico. Hubo además un abaratamiento, una denigración, una culturización de lo berreta. Se ha impuesto la ordinariéz en cuanto a la nobleza de los materiales. Recordando una 18 de Julio arbolada, notable, con unos elementos para propaganda ovalados, con propagandas de yerba, de gillette, del Sibarita que estaba en 18 y Yaguarón, donde se iba a comer frankfurters y a tomar un chop. Todo eso convivía con el ciudadano que tenía pautas educativas que lo llevaban a no romperlo a pedradas. Ahora hay otra cultura extrañísima. Si la gente gana un partido de fútbol, sale a festejar rompiendo. Y si pierden, también rompen. Es un tema no sólo de los inadaptados. El problema es que ya está habiendo tres millones de inadaptados.

—¿Cómo es tu relación con la clase política?

—No alterno los centros de poder donde se mueven los políticos, por una cuestión de profilaxis. No me gusta estar compartiendo copas ni comidas por una sencilla razón: se manejan códigos distintos que no tienen nada que ver conmigo. Es lo mismo que esté invitado a una reunión donde hablan el esperanto. Me muevo libre. Hoy hablaste de mi cumpleaños, nací el día de la Independencia del Brasil (7 de setiembre), eso me signó desde el punto de vista libertario. Creo enormemente que el hombre, a diferencia de los animales, tiene la posibilidad de ser imaginativo, y la imaginación y la creación tienen que manejarse en un ámbito de libertad absoluta. Por momentos es bueno conjugar dos cosas: ser imaginativo y animal, porque el animal es mucho más respetuoso que el hombre, no mata salvo que tenga hambre. El hombre mata por matar.

—Publicaste una serie de ilustraciones en el libro "Con los días contados", de Claudio Paolillo. ¿Qué recordás del año 2002, qué fue lo que más te impresionó de esos días turbulentos?

—Me impresionó mucho ver a Batlle en la Argentina llorando, porque no puede ser. Después, ver a la gente que reclama el derecho que tiene, me parece formidable. Acá hay dos cosas: una es la gente a la que le afanaron la guita, y después estamos los otros a los que nos afanan la guita y no nos damos cuenta. Te dan la jubilación 15 minutos antes de entrar a la fosa, a 20 metros te dan carozos, entonces hay que ver quién le va a poner el cascabel al gato, no puede ser que laburemos toda la vida para que nos den cáscaras de maní. A unos les hicieron amputaciones y a otros nos están desangrando permanentemente con una donación que estamos haciendo con el fin de mantener atorrantes.

—¿Quiénes fueron tus referentes artísticos?

—El que me inició en la

caricatura fue el argentino Jorge Centurión. Tuve la suerte de conocer a maestros como Espínola Gómez, que me ayudó mucho a comprender determinado tipo de cosas, más allá de algunos puntos de vista que eran un disparate. Era de unas concepciones extraordinarias. Siempre me decía algo que compartí muchísimo, que es por qué había que empeñarse en vivir de la pintura si se podía vivir de otra cosa y tener libertad. Si hay gente que quiere vivir de lo que hace no le puede reclamar a la sociedad la decisión que tomó. Tampoco creo que haya sido el pintor que me haya seducido más. Hay otros que no tuvieron la capacidad de expresar conceptos con la claridad de Espínola, pero que me atraían mucho más: Barradas, Cúneo...

—¿Empezaste a publicar tus dibujos de muy joven?

—A los 16 años empecé a intentar que se me publicara algo. Mi primer dibujo salió en el año '75. Era un momento muy terrible. Hacía muy poco que se había instaurado la dictadura. Hacer humor era una cosa muy terrible. Es más o menos lo mismo que

intentar ir a tomar baños de sol cuando está el temporal de Santa Bárbara. Se publicaba lo que se podía, no lo que uno quería.

—¿Tuviste problemas directamente?

—Desde amenazas telefónicas a mi madre, hasta gente que iba a declarar por un dibujo mío. Pero en definitiva fueron momentos que me ayudaron muchísimo para crecer, para hacer las cosas con un enfoque diverso. Cuando uno dibujaba bajo una dictadura, se daba cuenta dónde estaba el enemigo; en democracia no se sabe. Se opera de otra forma, por parte de los que conspiran. En democracia todos los gatos son pardos. Creés que estás hablando con un democrata y estás hablando con un *demokRata*, quieren *contRol* determinadas cosas. Censurar humor es tan lamentable, porque pensar que a través del humor podés derrocar un sistema... Quien piensa eso tiene enormes desequilibrios emocionales y psicológicos. Si hay algo que no se puede censurar, es el humor, por más que sea cáustico y corrosivo. Es una válvula de escape de la sociedad.

Laura Gandolfo



Jorge Batlle, por Arotxa

das como el origen de Carlos Gardel. ¿Sabés por qué Gardel perdura? Porque no nació de la cultura oficial sino del zócalo popular, de la gente, a Gardel no lo abanicó el Ministerio de Cultura de nadie, viene por capilaridad, de abajo para arriba. Es gracioso que se nombre Día del Patrimonio a Torres García, un país que no tiene obra de Torres García. Si se prendió fuego tres veces... Son cosas como inacabadas, no sé cómo explicarlo. Hace cien años que murió Saravia y lo recuerdan porque hace cien años, porque siempre fue mirado por un sector como un pobre gaucha. Saravia tenía un sentido del humor tan extraordinario que él mismo se calificaba como un gaucha redondo.

—Lo admirás mucho...

—¡Por favor! Y me divierte mucho ver a los intelectuales que se rien de Saravia, porque siempre digo que la patria se hizo con sangre y el Estado con leyes. Entonces hay muchos estatistas y pocos patriotas.

—¿Qué escenario cultural te imaginás si llega al gobierno el Encuentro Progresista?

—Va a haber más de lo mismo, con el agravante de cosas que me provocan fastidio porque creen que todos somos bobos. Escuchaba al alcalde de Montevideo hablar de la transparencia, con ese gesto de ceño fruncido y de meneo permanente de cabeza. Todo un país lo escuchamos acusar no sé desde dónde, que la Torre de las Comunicaciones, esa extraordinaria obra que hizo el arquitecto Ott, que sé desde

Solís, vamos a no entreverrar el ganado. Ahora, también es cierto que hay que reconocerle al alcalde de luego de diez años de ejercicio su obra magna ha sido los contenedores de basura. Hay gente dentro de la izquierda que es muy valiosa, que son contados con los dedos. Y hay gente dentro de la derecha muy valiosa, que son contados con los dedos. Lo que hay son mediocres que no importa de qué punto vienen. Y de eso no se quiere hablar.

■ Casa de carpintero

—¿Te interesó investigar tu ascendencia vasca?

—Los Arotxarena están en este país desde 1850 y pico, vinieron a Paso de los Toros. Mi familia viene de los Pirineos atlánticos, de la localidad San Juan Pie del Puerto. Lejos de ser patricios, eran herreros y tamberos. Parece que había un loco bravo en Paso de los Toros, un vasco tambero, Arotxarena, que decía "vamos a aclarar las cosas" y le echaba agua a la leche (*se ríe*), un atrevido. Eran buenos herreros, toda gente de oficio, Arotxarena quiere decir la casa del carpintero o del herrero, y arotxa es carpintero.

—¿Cuáles son tus mejores recuerdos de los años en que viviste en el Centro?

—Estuve hasta los 17 más o menos, después me vine a La Blanqueada. Me acuerdo de ver la avenida Uruguay, que estaba muy bien ornamentada, era una cosa seria. De eso no quedó nada.

Oído, vista, gusto

Acordes. En materia musical Arotxa escucha "todo menos la música basura, la que no perdura". También entra ahí el tango, la música clásica, "adoro la música vieja cubana, Los Beatles obviamente, el rock. Y tengo mucho folclore, me llega mucho".

Palabras. En las letras es categórico: "No me gusta la novela. Me gusta más el cuento, los ensayos". Y se percató de que quizás esté viviendo "un proceso de embrutecimiento, creo que se me rompió el input: con los libros y las películas tengo que esperar que lleguen a mí, no voy a ellos, por más promoción que me hagan", reconoce y agrega que cada tanto le gusta releer a Homero, a José Hernández y a Felisberto.

Cine. "Me interesa mucho más el cine europeo que el americano de hoy, que hace muchos años tenía cosas notables."

Sibarita exigente. El buen comer y beber es un ámbito de goce e intercambio. "Disfruto con todas las cosas más sencillas, lo único que pido es que esté bien hecho, hasta un refuerzo. Me acuerdo que Amalia de la Vega, a quien amé, una mujer absolutamente pura, venía y comía polenta o albóndigas acá en casa. Por un puchero bien hecho soy capaz de caminar lo que tenga que caminar." El disfrute culinario representa el goce de la vida en general: "Una cosa que siempre le pido a mis hijos es que no pierdan de vista que es demasiado corta la existencia, y como es cortita hay que sacarle punta y partido".